

hasta la Cendeja, colocando delante de los parapetos *caballos de frisa* y en las baterías cañones, cuyos tiros rasantes enfilaban el costado de la enemiga posición de Albia y mejoraban los avances de la *batería de la muerte*. El incendio duró toda la noche, que pasaron los sitiados bastante tranquila, por no haber intentado el enemigo nada que requiriese mayor esfuerzo que el de la exquisita vigilancia, á la que proveía con patriótico celo el benemérito Arechavala.

En la mañana del 28 se renovó el fuego contra la plaza y continuó aunque sin grande intensidad hasta las dos y media de la tarde, á cuya hora apareció en las ventanas de San Agustín y como señal de parlamento una bandera blanca. *Nada de transacción, vencer ó morir*, gritaron los animosos bilbainos al divisar el indicio de tregua. Al mismo tiempo recibía la plaza una comunicación de Eguía por la que intimaba la rendición ofreciendo estar dispuesto á conceder una capitulación decorosa que libertase á Bilbao de las consecuencias de ser tomada á viva fuerza como lo habia sido San Agustín. El paso que daba Eguía obedecía al doble móvil de apoderarse de la plaza antes que Espartero, que se aproximaba, llegase con el ejército de socorro, contra el cual importaba mucho al general de don Carlos que quedasen disponibles los doce batallones de que se componía el cuerpo sitiador, interés al que se unía el de la satisfacción de amor propio de poder aplicar cuanto antes, á la ciudad que esperaba rendir, la instrucción reservada firmada por don Carlos en Durango en 17 de aquel mes y por la que disponía lo que el comisario régio de Vizcaya debería practicar con los vencidos. Con arreglo á ella habria de emplearse el mayor rigor contra los liberales, desterrando á los que no fuesen merecedores de mayor castigo, y por la que se imponía, además de una contribucion de *doce millones* que debía pagar el vecindario, el embargo de bienes contra los que servían en las filas de la Reina; instrucciones que completaban otras cláusulas impregnadas de la mas cruda saña contra los liberales, y que ponían en evidencia las codiciosas miras que para los carlistas encerraba la toma de Bilbao.

La levantada contestacion dada por las autoridades del pueblo que podemos llamar la Numancia de la libertad, fué el ordenar al parlamentario que se retirase, hallándose la plaza resuelta á continuar el fuego, y tanto era el ardor de los sitiados para patentizar su belicoso espíritu, que las baterías comenzaron á vomitar balerío antes que los parlamentarios se hubiesen retirado lo bastante para que no les alcanzaran los tiros, como desgraciadamente sucedió, resultando heridos el ayudante y el corneta que habian traído el mensaje de paz.

El 29 dirigieron los carlistas su ataque contra la casa Aspiñerada y convento de la Concepcion, sin que el fuego de la plaza pudiese contrarrestar los que sobre el punto amenazado dirigía la nueva batería levantada por el enemigo para abrir brecha en los muros del edificio, como lograron efectuarlo, sin haber sin embargo sacado el fruto que esperaban, pues detrás del derruido muro de mampostería, hallaron el de carne y hueso presentado por los briosos defensores del convento, los que continuaron rechazando las acometidas de los sitiadores, cuyas pérdidas fueron de consideracion en las siguientes.

Habiase puesto en marcha Espartero para acudir al socorro de Bilbao llegando á Villarcayo el 27 de octubre, desde cuyo punto continuó al Valle de Mena con el doble objeto de contener incursiones en Castilla y de ponerse en situacion de acudir en auxilio de Bilbao.

En ejecucion de sus órdenes quedó asegurada la posesion de Portugalete mediante el envío de fuerza de infantería, artillería y zapadores, disposicion que debían secundar los refuerzos que desde San Sebastian se pidieron á Evans enviase en direccion de Burceña.

Al mismo tiempo que esperaba el general en jefe la incorporacion de las dos brigadas al mando de los generales Castañeda y Baron de Meer, el gobierno le comunicaba instrucciones relativas á movimientos de tropas que cooperarian al éxito del levantamiento del sitio. Mas no era solo esta atencion lo que ocupaba á Espartero, obligado á hacer frente á los enemigos en la extensa línea que desde Alava y prolon-

gándose por Navarra terminaba en el Pirineo, contingencias á las que tenia que atender al mismo tiempo que debía guardar los pasos del Ebro; haciendo tanto mas crítica su situacion cuanto que el general carecia de recursos que vanamente reclamaba del gobierno, faltarle de ellos y sin crédito para procurárselos; y como si tales contratiempos no fuesen bastantes, puso á ellos colmo el rigor de un invierno excepcionalmente crudo y agravado por la continuacion de las lluvias y de las nieves, que obstruían los caminos en un territorio cuyos puentes en su mayoría habia volado el enemigo.

Por impaciente que se hallase Espartero de acudir en auxilio de Bilbao, lo detenía el rigor de los temporales y la imperiosa necesidad de esperar que se recibiesen en Santander los repuestos de víveres sin los cuales no habia manera de raciocinar el ejército.

Otro contratiempo vino á embarazar las disposiciones del general en jefe. La division compuesta de 5,000 hombres enviada en persecucion de Sanz volvía reducida á dos mil infantes y algunos caballos, las fatigas y privaciones de dos meses de campaña habiéndola diezmado; tan excesivo era el número de enfermos y de cansados que habia dejado en los hospitales de Oviedo, Leon y otros puntos. Solo disponia Espartero para su movimiento sobre Bilbao, de quince batallones los que tenia que conducir por Laredo y Castro Urdiales, temeroso de afrontar el peligro de forzar su paso por Portugalete, siendo lo mas probable que este se hallase obstruido por las defensas que el enemigo tuviese preparadas en el valle de Somorrostro, en cuya prevision reclamó Espartero de Evans que despachase por mar á Portugalete toda la fuerza disponible de que no necesitase para la seguridad de San Sebastian.

Púsose en marcha el ejército desde Villarcayo para Limpías, pero fué tanto el rigor del temporal y la abundancia de terribles aguaceros, que su movimiento se hizo forzosamente lento y difícil.

Hasta el 20 no pudo llegar Espartero á Castro Urdiales donde entraron literalmente descalzos los soldados, sin que hubiese disminuido el rigor del temporal. Conducía el general en jefe tres divisiones compuestas de los regimientos de infantería del Rey, San Fernando, Zaragoza, Girona, Extremadura, 1.º de la Guardia real, Soria, Borbon, y los regimientos de caballería del Príncipe y de Borbon.

No se halló practicable el paso del ejército por el valle de Somorrostro á juicio de la junta de generales tenida en Castro Urdiales, y fué preciso optar por el embarque de las tropas para Portugalete, operacion que se vió interrumpida por las borrascas que impidieron la partida y el desembarque de los batallones, de cuyas resultas vióse el ejército fraccionado y expuesto á un golpe de mano de los carlistas. El gran peligro de que estos intentasen una acometida movió á Espartero á correr el riesgo de atravesar por tierra con la fuerza que no habia podido embarcarse, movimiento que ejecutó á la cabeza de sus soldados, que aunque caminaban sin zapatos sentíanse ufanos de marchar á las órdenes de tan valiente caudillo. El 26 por la mañana pudo el general tener reconcentrada toda su fuerza en Portugalete.

Prevenido Villareal de la aproximacion del enemigo, cubrió su línea desde la playa de Burceña al puente de Castrejana, de cuya defensa encargó al brigadier Soplana con una columna de preferencia de alaveses y guipuzcoanos, y puso á cargo de Cástor Andechaga con un batallon vizcaino la defensa de Burceña. El 27 forzaba Espartero el paso de la ria del Galindo, que tuvo que efectuar en embarcaciones, lo cual necesariamente y en razon al inevitable fraccionamiento de la fuerza debilitaba las columnas, que iban desembarcando á la orilla opuesta; pero la estrella de Espartero y la devocion de sus soldados vencieron todos los obstáculos y se apoderaron sucesivamente de las alturas de Baracaldo y del convento de Burceña.

Halagado Espartero de tener bajo su mano la totalidad de su fuerza, quiso aprovechar el entusiasmo que el éxito obtenido comunicaba á sus soldados, y colocándose á su frente y sacando su vencedora espada precipitose sobre los carlistas dueños de la eminencia de las Cruces, cuya defensa hacia mas temible la artillería enemiga, pero lo vigoroso del ataque

superó al esfuerzo de la defensa y Espartero quedó dueño de las importantes posiciones menos del codiciado puente de Castrejana.

Mas si habian estado algun tanto débiles los carlistas en su defensa de las posiciones de que acababa de apoderarse Espartero, resolvieron disputar la definitiva posesion del puente y consiguieron hasta el extremo de haber logrado rechazar los sucesivos ataques de Espartero, quien tuvo que replegarse sobre Portugalete despues de no pocas horas de reñidos combates.

Comprometida era la situacion del general en jefe que empuñado en acudir en auxilio de la sitiada plaza, encontraba obstruido el camino que se habia propuesto abrirse. No era la fuerza con que acudia á levantar el sitio bastante numerosa para arrostrar las pérdidas que podia costar una batalla contra todas las fuerzas enemigas, pues aunque no temiese ser derrotado, bastaba que su detencion ocasionase la caída de Bilbao, para que la causa de la Reina y el prestigio del ejército y el del general sucumbiesen en la demanda, y ante tan amenazadora eventualidad quiso Espartero consultar la opinion de los jefes que tenia á sus órdenes, á los que reunió en consejo el 28 para tratar acerca de los medios de abrirse paso á Bilbao.

En 30 de noviembre se reunían en el alojamiento del general en jefe y bajo la presidencia de este los generales don Marcelino Oraá, jefe de la plana mayor; el baron de Carondelet, comandante general de la caballería; el baron de Meer, los mariscales de campo don Rafael Cevallos Escalera, don Joaquin de Ponte, don Froilan Mendez Vigo, don Segundo Ulibarri, don Manuel Bausiá y los coroneles don Quintin de Velasco, don Nicolás Minuisir y don Santiago Otero, á cuya deliberacion habiéndose sometido la situacion en que se hallaba el ejército y la plaza de Bilbao, resolvióse por unanimidad:

Primero, que se llevase á cabo el movimiento sobre la plaza verificándolo por el punto de Azua, no emprendiéndolo con mas artillería que la de montaña y fiando el éxito de la operacion á la constancia y valor del ejército, y respecto á la falta de víveres en que el mismo se hallaba y en que se encontraba tambien Bilbao, que se ordenase á la Intendencia militar de Santander que requiriese los víveres necesarios, *aunque tuviesen que valerse de la fuerza para reunirlos*, y los expidiese inmediatamente á Portugalete.

Cada dia se hacia mas apurada la situacion de la plaza, la que todo lo esperaba del ejército libertador en el que no cesaban de recibirse comunicaciones telegráficas de Bilbao instando á Espartero que adelantase su marcha, pues ya los sitiadores se hallaban practicando una mina por bajo del palacio de Quintana y no era posible prolongar con éxito la resistencia si el ejército no se presentaba á secundar los esfuerzos de la plaza. Respondía el general á las reiteradas reclamaciones de los sitiados que confiasen en que serían socorridos, pero que el ejército tenia obstáculos que vencer, y en efecto no podia precipitar sus movimientos sin aventurarse á una batalla en terreno escogido por el enemigo, la que, caso de ser perdida, arrastraria no solo la caída de Bilbao sino la ruina de la causa.

Comenzaba además la ciudad á experimentar gran escasez de subsistencias. No habia carne fresca para los enfermos. La de gato se pagaba á cuatro y cinco reales, y un par de gallinas valia seis duros.

Varios movimientos de parte de las tropas que tenían para aproximarse á Bilbao que franquear la distancia que separa esta plaza de Portugalete, tuvo Espartero que efectuar antes de emprender el decisivo á que se resolvió despues de celebrado el último consejo de guerra que precedió á la batalla de Luchana.

Antes que esta se diese tuvo lugar frente al pueblo de Eradix un encuentro en el que perdió la vida un oficial de grandes esperanzas, el conde de Campo Alange, ayudante del general en jefe, y que habia ido á buscar los peligros de la guerra por puro deseo de gloria y amor á la libertad.

Reunióse el 14 de diciembre en el campamento de Burceña una nueva junta de jefes para tratar de la resolucion que era urgente tomar relativamente á la situacion en que se hallaba

el ejército y á la en que se encontraba Bilbao. Para efectuar la marcha por tierra en su auxilio era inevitable renovar el ataque del puente de Castrejana y desalojar de aquella posición al enemigo. Fué esta operacion considerada como tan comprometida y de éxito tan dudoso, que todos los generales y jefes consultados, menos uno solo y tal vez el de menor autoridad entre ellos, opinaron por que no se intentase el ataque, y basta saber que hombres del temple de los generales Oraá, el baron de Meer y Cevallos Escalera, se expresaron terminantemente en este sentido para comprender que la prudencia y el interés público podían muy bien aconsejar el renunciar, por doloroso que fuese, á socorrer á Bilbao si el intentar lo podia acarrear la pérdida del ejército, contingencia que arrastraba con la de la plaza la de la causa nacional.

Pero los consejos tenidos ante el enemigo para depurar graves dificultades del arte de la guerra, si bien son un procedimiento que impone gran responsabilidad al general en jefe que desatienda el parecer de experimentados compañeros de armas, no liga la libertad del caudillo á cuyas manos está fiada la suerte de la causa encomendada por el Estado, y en la que llevando aquel librada su responsabilidad y su gloria está perfectamente autorizado el que manda en jefe á no tomar el último consejo sino de su propia inspiracion.

En este caso se encontraba el general Espartero cuando despues de haber oído el casi unánime parecer de los generales sus compañeros, se vió en el trance de abandonar la empresa ó de cerrar los ojos y seguir adelante.

Su instinto militar sirvió eficazmente á Espartero en aquellas circunstancias críticas. Calculó con acierto el partido que podia sacar de las lanchas cañoneras, de las trincaduras que por la ria podían conducir sus tropas al ataque del punto de Luchana, del cual una vez apoderado podría tenerse acceso á Bilbao evitando la necesidad de afrontar el paso de Castrejana, especie de Termópilas en posesion del enemigo.

Alentó grandemente á Espartero para adoptar esta levantada resolucion, la excitacion, los consejos y la ayuda material que se brindó á prestarle la estacion de la marina real inglesa y su comodoro lord John Hay.

Resuelto á obrar en el sentido de cambiar el objetivo de la operacion dirigiéndose al paso de Luchana, hizo indispensable que al movimiento precedieran operaciones preliminares, las que necesariamente tenían que ocupar algunos dias para el transporte de artillería y el establecimiento de las baterías destinadas á proteger el levantamiento del sitio.

La primera dificultad que habia que vencer era la del restablecimiento del puente de Luchana destruido por los carlistas y sin el cual no era posible tener acceso al terreno en el que únicamente era posible combatirlos.

Reunidos los transportes marítimos que requeria el embarque de las tropas, empezóse este á efectuar á las cuatro de la tarde del dia 24 en medio de un furioso huracan, acompañado de granizo alternado con espesa nieve; mas superando esta contrariedad, fueron conducidas en lanchas y dos balsas las compañías de cazadores protegidas por el fuego de las baterías establecidas en las dos orillas del Nervion. Despreciando el fuego de los carlistas, fortificados á la parte opuesta del puente y dueños de las casas á él inmediatas defendidas por zanjas y parapetos perfectamente contruidos, defensas protegidas por artillería, y que podían considerarse como siendo casi del todo inabordables, las compañías de cazadores mandadas por el comandante Ulibarrena afrontaron impávidas las balas del enemigo, como la furia de los elementos desencadenados, todavía mas que lo habian estado en los dias anteriores, y posesionáronse á costa de empuñadísima lucha del puente, del caserío, de los parapetos, y finalmente de las baterías.

Una vez en posesion Espartero del puente de Luchana, destruido por el enemigo y restablecido por los ingenieros, efectuóse el paso al otro lado de la ria de la division mandada por el baron de Meer, encargado del ataque y de la toma del monte de San Pablo. Mas resueltos los carlistas á lograr el desquite de las desventajas que acababan de experimentar, bajaron en gran fuerza de las alturas de Banderas, á cuyo pié setrabó con mas encarnizamiento que momentos antes lo habia

## CAPÍTULO V

## El gobierno, la corte y la diplomacia de don Carlos

estado una sangrienta pelea en la que por unos y por otros se dieron repetidas cargas á la bayoneta, sin que los empeñados esfuerzos de los liberales consiguiesen hacer retroceder á los carlistas, ni conseguir estos que los soldados de Meer desalojasen las posiciones que habian conquistado. El baron se hallaba herido, contuso el brigadier don Froilan Mendez Vigo que le seguía en el mando; contábanse las bajas por centenares; la capa de espesa nieve que cubría el suelo la ennegrecía el número de cadáveres tendidos sobre la blanca superficie; el desencadenamiento de los elementos crecía en vez de calmarse. Nadie abandonaba su puesto, pero la victoria parecía indecisa, los mas esforzados veían próximo el momento en que no podrian contener á los menos fuertes, y todos echaban de menos la presencia del popular caudillo cuya voz poseía el secreto de entusiasmar al soldado. Yacia Espartero en aquellos momentos postrado en cama, atacado por un violento acceso de su dolencia de la piedra.

A las once de la noche presentábase en el alojamiento del enfermo, el general Oraá, en quien habia recaído el mando del ejército y la dirección de las operaciones. El encanecido jefe de estado mayor, cuyo ánimo no habia seguramente decaído, llegaba pensativo y perplejo á consultar á su jefe acerca de lo crítico de la situación.

En vista de la urgencia, Espartero que ya habia dispuesto el envío al ensangrentado campo de batalla de la division del general Cevallos Escalera, ordena que la siga la brigada del coronel Minuisir. Pero no bastan estas disposiciones; por instantes llegan oficiales enviados por los generales que luchan desesperadamente contra el enemigo, encargados de informar á Espartero de que, resueltos á hacerse matar, no están seguros de vencer.

Estos reiterados avisos, enviados por hombres incapaces de flaquear, como consta al que los recibe, operan una reaccion sobre la padecida organizacion física del valiente soldado postrado en cama; salta instantáneamente de ella, pide sus vestidos, hace ensillar su caballo y arrastrado por la emulacion, por el patriotismo y por el despecho, corre al lugar de la pelea. Su llegada vale tanto ó mas que pudiera hacerlo un cuerpo de ejército; el soldado que ve al caudillo á cuyas órdenes está acostumbrado á vencer, no duda ya de la victoria; cada hombre cree valer ciento; las palabras que á las tropas dirige Espartero electrizan al soldado, á cuyo ardor nada ya es capaz de resistir. A sus entusiasmados gritos hace eco el ronco sonido de los tambores, la armonía de las bandas de música, el bramido del huracan y el ronco estampido de las olas del mar que se estrellan contra las orillas de la ría; y ante aquel torrente de voces humanas, de gritos de guerra, de incesantes disparos y de cargas al arma blanca, llegado el momento decisivo en que unos ú otros tenian que ceder, doblegaronse los carlistas ante la estrella de los liberales que, vencedores, treparon á la cumbre de Banderas, en cuyo fuerte clavaron al amanecer el día 25 la triunfante bandera de la libertad española.

Las penalidades del ejército y de su caudillo se hallaron gratamente recompensadas al hacer el último su entrada en Bilbao en la mañana del primer día de Pascua de Navidad y contemplar las ruinas y demoliciones que atravesaba, en medio de las bendiciones de un pueblo digno del nombre que ha inmortalizado su ardiente amor á la causa nacional.

El general y sus oficiales abrazaron con efusion á los valientes milicianos que hallaron formados para recibirlos á pocos pasos del *Tránsito de la muerte*, que el enemigo no habia osado afrontar.

El general felicitó á la guarnicion y al pueblo con sentidas alocuciones y las Cortes y la Reina gobernadora los premiaron decretando para la ciudad el título de Invicta, para su municipalidad el tratamiento de Excelencia, y confirmando á Espartero la dignidad de conde de Luchana.

La defensa de Bilbao costó á sus heroicos defensores la vida de doscientos cuarenta individuos, entre soldados, milicianos y pueblo, habiendo ascendido el número de heridos á ochocientos ochenta y siete.

Por gastada que estuviere la armazon del régimen tradicional que desde los primeros tiempos de la dinastía austriaca habia apartado al gobierno español de las corrientes civilizadoras que lo inspiraron á partir del período histórico conocido bajo el nombre del *Renacimiento*, hasta finalizar el reinado de los Reyes Católicos; no es posible desconocer que la España de nuestros padres, la sociedad que todavía conservaba un carácter propio y una fe viva en sus tradiciones, no podia ser, digámoslo así, barrida del suelo patrio, sin resistencia, sin protestar en favor de su personalidad histórica.

De esta vitalidad que aunque próxima á espirar, conservaba todavía el poder inseparable de una organizacion completa, cual lo era la de las instituciones eclesiásticas y municipales que imperaban en España á principios del siglo actual, dan testimonio irrecusable la guerra de la Independencia, la reaccion autoritaria de 1814 y las dos guerras civiles de 1833 á 1840, de 1869 á 1875, guerras que han ensangrentado nuestro suelo, legando á las generaciones que aun viven, el problema por resolver de cuál deba ser el ordenamiento social que ponga en armonía las ideas, las aspiraciones y los intereses de la nacion.

La carencia absoluta de preparacion científica en que nos hallábamnos en 1808 para emprender una renovacion de la índole de las que consumaron, Inglaterra en el siglo XVII, Francia á fines del XVIII y en nuestros días Italia y Alemania, explica las causas de la incertidumbre y de los tropiezos con que han luchado los reformadores españoles, en la difícil obra de nuestra reconstitucion social.

Harto notorio es que el partido liberal no supo ó no pudo en 1812 ni en 1820 obrar de manera que le atrajese la opinion ni la confianza del pueblo español. Heredero el partido carlista, de la resistencia, de la hostilidad, que contra las reformas iniciaron los serviles en 1814 y continuaron los realistas en 1824, encontró el carlismo cuna y asiento en las provincias Vascongadas y en Navarra. En su territorio fijó sus reales el hermano de Fernando VII y allí cumplo, al estudio de la época cuya historia narramos, ir á estudiar la fisonomía que tuvo y las fases que presentó el gobierno de don Carlos en la época que se abre al fallecimiento del hijo de don Carlos IV y finaliza en el memorable convenio de Vergara.

Los fueros y las inmunidades eclesiásticas encendieron la guerra civil de 1833, y en las provincias donde florecian aquellos é imperaban estas, es donde hay que buscar la explicacion de lo que fué el accidentado y pasajero gobierno del Pretendiente.

Las diputaciones forales y Zumalacárregui echaron los cimientos de la situación que vino á regir don Carlos en persona cuando despues de su expulsion de Portugal y de su breve estancia en Inglaterra, atravesó de incógnito la Francia y se presentó en Elizondo á los que lo aclamaban por rey.

Fué su primer ministro el conde de Pen-Villemur, de origen francés, de abolengo legitimista y militar que se habia ilustrado, primero sirviendo en el ejército del príncipe de Condé y posteriormente en el del emperador de Austria. La guerra contra Napoleon trajo nuevamente á España en 1808 á Villemur y en ella sirvió con bastante crédito. Al lado de don Carlos y como consejero áulico, si no lució el conde por rasgos de ingenio, tampoco fué responsable de actos que lo rebajasen.

Sucedióle Cruz Mayor, cuya impopularidad se hizo bien pronto notoria. Gracias á la económica administracion foral, los ministros de don Carlos se descargaban de la parte de responsabilidad que mas debia pesarles, la de buscar recursos para sustentar su ejército. Algo dejamos dicho en el capítulo V del libro II sobre el sistema financiero de don Carlos, alimentado por los suministros en especie que hacían las diputaciones, por la exaccion que se imponía á las familias liberales, por los productos de las aduanas establecidas en la línea del Pirineo y por los donativos de los particulares y los escasos subsidios que debió el Pretendiente á las simpatías de los gabinetes extranjeros.

En todo el año de 1836 no debió la corte de Oñate á las de Viena, San Petersburgo y Berlin auxilios que excediesen de la módica suma de un millon doscientos mil francos, y la de Cerdeña, que se le mostró propicia, hasta que Carlos Alberto se hubo hecho liberal, tampoco se mostró muy generosa con su aliado, habiéndole descontado doscientos mil francos que en 1833 suministró á Romagosa, para insurreccionar á Cataluña.

Entre la grandeza encontró don Carlos voluntades mas propicias. El marqués de Villafranca tuvo siempre su caudal á disposicion del que miraba como su rey, y es fama que entre los magnates que vivían en España y que habian reconocido á la Reina y servídola en puestos honoríficos, los hubo quienes secretamente suministraban á su competidor sumas de gran consideracion.

Al sucesor de Pen-Villemur, quien, como queda dicho, no tardó en desacreditarse, le declararon la guerra los militares y tuvo que dejar el puesto á otro hombre de incontestable mérito, pero que tampoco supo ó tal vez no pudo apartar á don Carlos de sus hábitos rutinarios. Nos referimos á don Juan Bautista Erro, ilustrado literato y estadista de notoria probidad. Propúsose, pero no lo consiguió, *modernizar* el gobierno del Pretendiente. En su tiempo dió don Carlos una especie de manifiesto en el que hablaba de reunir Cortes, terminada que fué la guerra civil. Dióse un decreto que sustitua el fusilamiento al garrote, y otro por el que se abolía la degradante penalidad del azotamiento en público. Restablecióse con énfasis la universidad de Oñate y supo Erro encontrar cooperadores dando elevados puestos á los sujetos de mayor notoriedad que figuraban en el partido carlista. A don José Moret se le encomendó el despacho de los asuntos de Guerra, á Arias Tejeiro los de Gracia y Justicia y los diplomáticos á don Wenceslao Sierra, confirmando al propio tiempo puestos de categoría é influjo á Eguía, á Gonzalez Moreno, á Maroto y á otros hombres importantes del bando carlista.

Verosímil parece que el Pretendiente, que llegó á ofrecer Cortes, aunque en su interior las repugnaba, hubiera quizás mostrádose dócil á indicaciones que le hubiesen sido hechas por sus partidarios y allegados; pero aquel príncipe en extremo celoso de la ingerencia que la diplomacia extranjera, no obstante lo que le importaba conciliarla, pretendía ejercer sobre él, miraba con celos que sus aliados aspirasen á influir sobre la política que se proponía seguir si triunfaba. Sobre este punto, era el candidato Rey á todas luces intransigente.

Habia en él mucho de parecido á Felipe II, menos el genio de aquel célebre monarca. Sin exponerse á cometer error, podría afirmarse que no hubiese don Carlos consentido en reinar sobre súbditos que no profesasen su misma fe religiosa.

Y tan poco como sin provecho real ni definitivo para su causa reportó de su extremada devocion, á la que bien puede darse el nombre de fanatismo, tanto ó mas le perjudicó por el contrario para haber tal vez podido ser aceptado por Rey á consecuencia de la proclamacion de 1836 de la Constitucion de 1812.

Las clases que entonces representaban intereses conservadores eran *antidoceañistas*, y si cuando estalló el motin soldadesco de la Granja don Carlos hubiese dado una amnistía amplia y sin restricciones, y declarado que gobernaría con Cortes y convocádolas para seis meses despues de haber hecho su entrada en Madrid, la miserable expedicion de 1837, que tan en evidencia puso hasta para sus mismos partidarios su nulidad como príncipe, habria verosímelmente tenido otro resultado. Pero el célebre decreto que en aquella época expidió y por el que proclamaba á la Virgen María generalísima de sus ejércitos, explicable como acto interno, como aspiracion á merecer la proteccion divina, era un anacondismo empleado como medida política en pleno siglo XIX. Engreído don Carlos en la idea y preocupaciones del estado social que se deshacia, no comprendió las necesidades de la sociedad que iba á nacer de la descomposicion de la antigua, y solo tenia simpatías y oídos para los que le hablaban de su derecho, como emanado de la voluntad de Dios. Creía que los pueblos suspiraban por que reinase, debilidad que lo disponía á acoger á los intrigan-

tes que acudían á su campo asegurándole que bastaría que fuerza armada llevando su bandera se presentase en las provincias que obedecían al gobierno de la Reina para que la mayoría de sus habitantes lo aclamasen por Rey, y de aquí el ansia con que sus cortesanos clamaban por el envío de expediciones al interior y la insistencia con la que pedía don Carlos á sus generales victorias, que no les era á estos posible conseguir, sino cuando el ejército de la Reina se las proporcionaba yendo á buscarlos en sus montañas, en territorios cuyos naturales en cuerpo y alma les pertenecían.

Las camarillas, las intrigas, el pandillaje eran el costado débil del partido carlista, así como por parte de los liberales constituían su plaga los pronunciamientos y las escisiones.

Para las provincias Vascongadas y Navarra la guerra de los siete años tuvo el carácter y el significado de una *guerra nacional*, por lo que tenia de autonómica para un país que creía defender en ella sus costumbres, sus franquicias, su manera de ser, ínterin que para las demás provincias de España se lidiaba una guerra de partido.

Esto explica la duracion que debia tener la contienda civil cuya historia bosquejamos, la que sin la circunstancia de no haber interesado moralmente en igual grado á las masas de opinion que arrastraba, no habria dado el espectáculo de que un millon escaso de españoles pretendiese obstinadamente, imponer la ley á quince millones de sus conciudadanos.

El glorioso hecho de armas de Luchana y la liberacion de Bilbao produjeron en la España de los liberales un goce tan universal como profundo fué el desaliento que llevó al ánimo de los partidarios del Pretendiente, entendiendo por tales á los que sin haber tomado las armas en su favor, hacían votos por su triunfo y vivían sumisos, ostensiblemente al menos, al gobierno de la Reina, al que en su interior repudiaban.

En las provincias Vascongadas y en Navarra no decayó sin embargo la perseverante fe de la mayoría de sus habitantes, para quienes el triunfo de la causa era el ex-voto de sus mas íntimas aspiraciones; pero los que habian combatido y derramado su sangre en la última campaña, se mostraban vejados de no haber obtenido el triunfo y atribuían el fracaso de sus penalidades y sacrificios á los jefes: perdida pues su confianza hacia varios de ellos, casi se desmandaron los batallones al alejarse de Bilbao y á no haber sido el país vascongado una tierra de costumbres patriarcales en cierto modo, pocos de los voluntarios arrojados á bayonetazos del asedio de Bilbao y que en gran número se fueron á sus casas, habrían vuelto á las filas.

Pero donde mas sensacion causó el fracaso fué en los generales carlistas y sus pandillas que, contrapuestas y engolfadas en intrigas rivales, no desperdiciaron la ocasion para tirar á bala roja unos sobre otros. Villareal, mas pundonoroso que sus correligionarios, se apresuró á presentar su dimision, juzgando con modestia no deber continuar en el mando despues de una campaña que no habia sido feliz.

El infante don Sebastian, como queda indicado en el capítulo I del libro II, estuvo vacilante entre las dos ramas de la dinastía que se disputaban la sucesion de Fernando VII; arrastrado por la doble y poderosa consideracion de familia que como hijo de la princesa de Beira y marido de una hermana del rey de Nápoles lo inclinaban al lado de don Carlos, se hallaba cerca de este á quien habia venido á ofrecer sus servicios.

Como príncipe de sangre real, el nombramiento de don Sebastian para general en jefe ofrecía la ventaja de descartar rivalidades y de dar prestigio al generalato y fué el infante en su consecuencia elegido para reasumir en su persona el dualismo que habian compartido Eguía y Villareal. El último debió á sus buenos servicios y á lo bienquisto que estaba en el ejército, el puesto de primer ayudante del príncipe generalísimo.

No fué tan bien recibido al nombramiento de Gonzalez Moreno para jefe de estado mayor general; pero el prestigio que iba unido á la persona del infante cubrió la impopularidad que acompañaba el nombramiento del vencido de Mendigorria.

La proclama que en forma de orden del día se apresuró á